



## Homenaje tardío al maestro Ciro F. Santana Cardoso

*José Antonio Fernández Molina\**

**Palabras clave:** *Ciro Cardoso, historiografía, homenaje, semblanza, Costa Rica.*

**Keywords:** *Ciro Cardoso, historiography, homage, biographical sketch, Costa Rica.*

**S**i no los humanos, al menos los historiadores deberíamos ser más conscientes de la ubicuidad e inevitabilidad de la muerte; si así fuera no tendríamos que honrar *post mortem* a quienes, tendríamos que haber reconocido, en vida, por su labor y contribuciones. En el caso del Dr. *Ciro Flamarión Santana Cardoso*, la mía no es la mejor pluma para escribir en su memoria, pero intentaré valorar su contribución a toda una generación que aprendió a vivir en esa década tan particular de 1970, entre cuyas vivencias estuvo aprender de él.

Intenté seguir su vastísima producción intelectual, bien en libros o accediendo a videos de conferencias que impartió en distintas partes del globo; sin embargo, este no es un ensayo sobre sus aportes como historiador, sino una evaluación de lo que significó su presencia en Costa Rica para mí y mi generación —aunque no puedo apropiarme la representación de mis contemporáneos—.

Para aquilatar la importancia de su aporte, considero necesario dar algunas pinceladas sobre lo que era la vida universitaria y profesional en esa década, para evaluar el impacto de su presencia. Los de mi generación reconocerán este contexto en sus recuerdos; para los jóvenes lectores puede resultar irreconocible

---

Fecha de recepción: 08/10/13 • Fecha de aprobación: 07/11/13

\* Costarricense. Doctor en Historia por la Universidad de Texas, Austin, EE. UU. (1992). Catedrático, investigador y profesor jubilado de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional (UNA). Correo electrónico: chepestar@gmail.com

ese país, esa realidad universitaria, esas limitaciones tecnológicas y esa práctica profesional... ¡pero es que era otro país, otra realidad universitaria, otro nivel tecnológico y otra práctica profesional!

El país, aún eminentemente agrícola, al que arribó Ciro, tenía un sistema de educación superior aún en proceso de construcción. Mi memoria no guarda ninguna impresión de alguna celebración por el trigésimo aniversario de la Universidad de Costa Rica, acaso porque todo el “ruido” conmemorativo de ese año se centró en el sesquicentenario de la Independencia. Entre los formadores de mi generación había brillantes profesores que se habían traído de la enseñanza secundaria, la gran mayoría se había formado hasta la licenciatura en la misma Universidad de Costa Rica y solo una minoría había obtenido el doctorado en universidades españolas. Aunque con mejores condiciones que otros países latinoamericanos, especialmente por el respeto a la autonomía universitaria gracias a una conflictividad social que no alcanzó niveles álgidos y ausencia de fuerzas armadas que llevaran a ocupar el *campus*, no me parece exagerado asegurar que los educandos dependíamos en un ochenta por ciento de los apuntes de clase. Aunque el marxismo de todos los tonos era la tónica de un conglomerado estudiantil que veía en la revolución algo inevitable, la verdad es que más se leían los panfletos de Lenin o las diversas versiones de la teoría del subdesarrollo que *El Capital*. Tampoco se puede decir que había coherencia entre la ideología de los profesores y las lecturas de los cursos, pues algunos libros fueron introducidos por docentes que no compartían la ideología de los autores. Cierto es que los libros eran relativamente baratos, pero las editoriales que traían libros a Costa Rica eran pocas, la capacidad de compra de las bibliotecas universitarias muy reducida, las suscripciones -o por tanto consulta- a publicaciones periódicas casi inexistente, la producción nacional se limitaba a uno o dos libros de historia al año y no existía un espacio como el que llegaría a ser la *REVISTA DE HISTORIA*.

Aunque en la era digital suene extraño, la fotocopia aún no era una forma alternativa de difusión del conocimiento; la lógica del negocio era todavía mantener el monopolio en unas pocas oficinas, todas alejadas de la Universidad y extremadamente caras. Lo anterior no quiere decir que no se violaran sistemáticamente los derechos de autor, pues para cada materia el personal administrativo de las unidades académicas preparaba “Antologías”, que reproducidas en estencil adquiriríamos en la escuetísima Librería Universitaria. En todo caso, la mayor limitante era que la traducción al castellano de cualquier obra escrita en otro idioma necesitaba un mínimo de un lustro; ello llevaba a que cuando leíamos algo “nuevo”, hacía años que había sido cuestionado y superado.

La estructura de los planes de estudio difícilmente pasarían los estándares actuales y ciertamente las expectativas de desarrollo profesional eran muy limitadas. Supuestamente se nos formaba en historia y geografía, aunque la verdad de esta última lo que recibíamos era una serie de cursos eminentemente descriptivos. A lo largo de la carrera no había instancias de discusión teórica, de práctica investigativa... ¡ni siquiera de técnicas básicas como paleografía o neografía! Aunque en la década de 1960 algunos tesarios habían defendido trabajos centrados en temáticas novedosas para el medio, no era inusual oír entre mis contemporáneos frases como “¿Ya decidiste tu tema de tesis? ¡Acordate que están a punto de acabarse las administraciones presidenciales!” Quizá el rechazo de esta visión miope de lo político-institucional entre quienes aprendimos del Dr. Cardoso ayudó a que pasaran décadas para volver al tema del poder desde una perspectiva totalmente diferente.

Quisiera poder decir que fui alumno del Dr. Cardoso por mi propia voluntad, pero fueron dos accidentes los que me permitieron tener el privilegio de asistir a sus lecciones. Costa Rica era la sede del Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA) y cuando el organismo decidió financiar el Programa Centroamericano de Ciencias Sociales lo contrató, junto con el Dr. Héctor Pérez. Esta coyuntura -palabra inexistente en ese momento- institucional coincidió con un error de Matilde, la venerable computadora que regía la matrícula de la Universidad de Costa Rica o, para ser más preciso, de sus programadores. Quienes habíamos entrado a la carrera el año en que yo ingresé teníamos el derecho de graduarnos con un determinado plan de estudios. Este incluía una materia de la que, literalmente y no por parafrasear incorrectamente a Cervantes, no quisiera acordarme; yo la había matriculado, quien tenía el curso a cargo nunca pasó lista y solo cuando ya había realizado el primer parcial se me comunicó que no estaba debidamente matriculado. Para entonces, era imposible deshacer el entuerto, de forma que al tener que graduarme con el plan de estudios “nuevo” tuve la oportunidad de matricular Metodología de Investigación, ofrecida por un profesor extranjero en un semestre, cuando tradicionalmente era una materia anual.

No puedo hablar por otros, pero en lo personal nada me preparó para la sorpresa del curso de Metodología de Investigación Histórica. El Dr. Cardoso incluyó contenidos que luego serían divididos en varias publicaciones, desde una discusión sobre el estatus científico de la historia, una repasada a la evolución de la historiografía para comprender el origen de la *Escuela de Annales* y una discusión de las contribuciones a la historia desde las otras ciencias sociales. Como si esos contenidos fueran poco, explicó las metodologías existentes para historia demográfica, historia económica e historia social, explicando debidamente el

contexto y características de su evolución. Se abrió ante mis ojos la riqueza de una realidad social compleja, cambiante y medible en sus diferentes ritmos.

Cardoso era un docente notable, con una sólida profundidad intelectual, capaz de explicar pacientemente y muy didáctico. Como si lo que nos estaba transmitiendo no fuera una ruptura completa con nuestra formación, incluyó algo totalmente desconocido: una práctica en cualquiera de los campos era obligatoria como parte de la evaluación. Los estudiantes nos organizamos en grupos y fue en ese contexto que, junto con un grupo de compañeras, elaboramos un trabajo de historia demográfica de la parroquia de Guadalupe. Aunque, como puede suponerse, esos trabajos estuvieron lejos de la rigurosidad científica -¿cómo íbamos a elaborar hipótesis cuando desconocíamos hasta hace muy poco lo que tuvimos que practicar?--; resulta difícil explicar el entusiasmo con que los llevamos a cabo. Varios de esos trabajos se expusieron en uno de los numerosos “Primer” Congreso Centroamericano de Historia Económica, Demográfica y Social.

La diferencia de edades es más marcada en la juventud, aunque hace cuatro décadas no era conciente de ello. Ciro nos confundía al tratarnos con una llaneza a la que no estábamos acostumbrados, siempre dispuesto a sugerir lecturas, accesible a resolver consultas, respeto por quien hablaba... aunque tenía poca paciencia con ciertos tipos de necedad, en particular la simplificación derivada de poses ideológicas. Esta calidez humana -como la vez que fui a su apartamento en el centro de San José por un libro que me prestó y, dado que era cerca del mediodía, me invitó a compartir su almuerzo, pollo al vino preparado por él mismo- nos desarmaba. No hay duda de que sus aportes en lo teórico, en lo metodológico y en el desarrollo de un razonamiento científico fue su mayor contribución; pero la forma en que transmitió ese entrenamiento profesional fue tan importante como su contenido.

Costa Rica fue el primer destino del Dr. Cardoso, al que seguirían México, Inglaterra, Brasil, los Estados Unidos e innumerables visitas cortas a otros países. No hay duda de que dejó su huella en muchas latitudes y entre muchas personas, pero me es difícil concebir que en alguna parte haya tenido una huella tan obvia como en aquel territorio virgen que era este país.

Todo esto debí habérselo dicho en vida; escribirlo en su memoria apenas restituye parcialmente esa omisión.